

CAPITULO XXXV.

SUMARIO.

(Continuacion del anterior)

El **raciocinio** es vicioso y sofisticado.—Aplicaciones de él á **cosas** que nos son conocidas.—Ellas vienen á ser otros **tantos** argumentos irrecusables y de sentido comun que **demuestran** la futilidad de la objecion.—Fin particular y **fin** general de las cosas criadas y órden particular y **general** de las mismas.—El hombre preside al primero, y Dios al segundo, sin encontrarse.—Consecuencia.—**Si** los hombres se pierden, es á pesar de Dios que les **imparte** su gracia para que no se pierdan.

Por otra parte, no hay relacion necesaria entre el extremo que examinamos de la disyuntiva y la consecuencia que de ella se infiere; no se **comprende** de ninguna manera en la **incontestable** verdad del antecedente la pretendida

verdad del corolario; el raciocinio es vicioso y sofisticado.

Lo que anteriormente nos ocupamos en demostrar, y demostramos, á nuestro entender, con poderosas razones, acerca de que el conocimiento de que precisamente tendrá lugar tal ó cual acto, no significa ni puede significar que el mismo acto se realizará de una manera fatal y necesaria, pone de manifiesto que aquella relacion no existe, y que, no existiendo, la consecuencia no se comprende en las premisas que la sirven de base.

El modo de hacer resaltar la exactitud ó inexactitud de una argumentacion cualquiera, cuando se presenta tan absoluta y general, como la argumentacion que impugnamos, es aplicarla á cosas que nos son conocidas, y por decirlo así, familiares. Haciendo esta evolucion, la luz oculta, si la hay, se ostenta con toda claridad, hiere profundamente el entendimiento y le impresiona hasta el grado de la más invencible persuacion, palpándose las tinieblas, si la luz es solamente de artificio. Así, el sentido comun con ese infalible golpe de vista que le es propio, palpa y hace palpar la verdad ó la falsedad de cuanto se propone á la decision de su criterio.

Apliquemos, pues, semejante raciocinio á lo que comunmente pasa con los seres inteligentes que conocemos, sin más que conocernos á nosotros mismos. El hombre sabe muy bien que la casa que edifica con tantos afanes, tarde ó temprano será derruida; porque sabe, aunque no sea más que por una larga experiencia, que las obras humanas no son permanentes; que el tiempo y la naturaleza de cosuno marcarán el hasta aquí á su siempre limitada duracion. ¿Podia, por esto, asegurarse con seriedad, que el hombre edifica la casa con el fin de que la destruyan? El relojero, que no ignora, que la máquina de bronce que construye para la medida del tiempo, apenas le sobrevivirá, se toma tanto trabajo, sin otra mira que la de que pronto sea desordenada por una mano imperita ó deshecha por otra mano salvaje?

¿Rafael creó su *Transfiguracion*, Murillo arrebató á los cielos el verdadero retrato de María, y Miguel Angel esculpió su génio en los magestuosos muros de la Basílica de San Pedro, con el objeto único de que sirviesen de alimento á la voracidad de los siglos?

¿Homero compuso su *Iliada*, Dante su *Divina Comedia* y Milton su *Paraiso perdido*, para que la polilla de las bibliotecas la fuesen taladran-

do poco á poco, ó para que un incendio las redujese repentinamente á cenizas y las borrara hasta de la memoria de los hombres?

Nosotros, que diariamente llenamos esta hoja de papel, y vosotros que escribís sin tregua ni descanso en defensa del espiritismo, ¿nos fatigamos de tal suerte con el fin solo de prestar á los tenderos material más barato y económico para que envuelvan sus especias?

Y sin embargo, todos aquellos grandes hombres, y nosotros, aunque pequeños, semejantes á ellos, sabian y sabemos, qué es lo que sucede con todo lo que no es obra de Dios.

Entre estas mismas obras, observad que el árbol nace, crece, fructifica y muere; y con todo, Dios no hizo el árbol únicamente para que pereciese. La flor de los campos revienta, regala con sus aromas en la mañana, y en la tarde tuerce el cuello y se marchita; y no obstante, no para que se marchitase fué dotada por el Criador de tan espléndida belleza.

El hombre mismo, la hechura clásica, la obra maestra del gran geómetra, el rey del universo mundo, y el ciudadano de la eterna patria, no tiene mayor vida que la de la flor, gala de los campos; que la del árbol, corona de magestad y de hermosura de las montañas; y á pesar de

todo esto, no hay oído humano en cuyo tímpano no resuene pavorosa esta sentencia: *es un hecho indefectible que el hombre ha de morir una vez* (1); sentencia que se comprueba y se confirma todos los años, todos los meses, todos los días, todas las horas y todos los instantes, porque no hay punto de tiempo en que la muerte cese de cortar un hilo de los millares de millares que forman la gran tela de la humanidad. Y ¡el hombre, hablamos del hombre natural, de ese compuesto de espíritu y de materia, no de ese hombre fantasma, aborto de la imaginación calenturienta de los espiritistas, habría sido formado de aquellos dos elementos, tan solo para que pasase por la tierra? ¿Podría siquiera suponerse tal creación, cuando seres que le son inferiores en naturaleza, permanecen invariables é incorruptibles, siglos de siglos? Levantad los ojos á los cielos, y ante las legiones de resplandecientes astros que brillan desde el principio del mismo modo que brillan ahora, no osareis sostener seriamente hipótesis tan extravagante y absurda.

(1) *Statutum est hominem semel mori. Pensamiento que está en la conciencia de la humanidad y que es un golpe de gracia contra el espiritismo, pues destruye la base de las reencarnaciones.*

No; no es la destrucción el fin del árbol, de la flor, ni mucho ménos del ser, para cuyo servicio y recreo fueron hechos el árbol y la flor y todas las otras criaturas que llenan el orbe. El Hacedor Supremo no pudo proponerse fin tan mezquino.

Los que opinen así, niegan á la primera inteligencia la sabiduría infinita; son verdaderos ateos, puesto que el Dios que reconocen no puede ser Dios.

El fin de las cosas no puede estar nunca en aquello que las aniquila. Si el árbol y la flor y el hombre se convierten en polvo, su fin, ciertamente, no es esa pasajera conversión. El fin es más alto, por más que muchas veces no podamos con nuestras pobres inteligencias señalarlo y determinar lo tal cuál es.

El verdadero filósofo debe levantar sus miradas, si no quiere enredarse en un laberinto de contradicciones y de abismos, si desea asir una orla del manto de la verdad. Como en cada una de las cosas criadas hay un fin particular, y en todas las cosas criadas un fin general, así hay también en el universo un orden particular y un orden general: el primero, sometido en cierto modo á la criatura que, ú obedece á una ley necesaria de su naturaleza, que va siempre con